



www.loqueleo.com/ec

© 2015, Francisco Delgado Santos

© De esta edición:

2019, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-565-4

Derechos de autor: 47051

Depósito legal: 5342

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Mayo 2015

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Enero 2017

Quinta impresión en Santillana Ecuador: Enero 2019

Editora: Annamari de Piérola

Ilustración de la portada: María Isabel Vásquez

Actividades: Yanette Lantigua

Corrección de estilo: Alejo Romano (libro) y Gabriela Tamariz (actividades)

Diagramación: Pamela Godoy

Supervisión editorial: Alejo Romano

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

Palenque

Una historia de amor en la mitad del mundo

Francisco Delgado S. y Daniela Maccari

loqueleto

Índice



CAPÍTULO 1	
Prohibido enamorar	9
CAPÍTULO 2	
Nunca hemos tenido negros en nuestra familia	15
CAPÍTULO 3	
Romper el silencio.....	23
CAPÍTULO 4	
Un presidente negro	31
CAPÍTULO 5	
La Cruz del Sur	35
CAPÍTULO 6	
Dos historias, dos vidas	41
CAPÍTULO 7	
Testimonios de fin de semana	47
CAPÍTULO 8	
Entre la Tunda y el mulapane	55
CAPÍTULO 9	
Las confesiones de Gaby	61
CAPÍTULO 10	
Carta a un adolescente	67

CAPÍTULO 11	
Un poco de la historia de Rancho Alto	75
CAPÍTULO 12	
Un peso en el corazón de doña Filomena	81
CAPÍTULO 13	
Quien no sabe de dónde viene no sabe a dónde va	85
CAPÍTULO 14	
Recuerdos de una época violenta	89
CAPÍTULO 15	
«Camino a Carapungo voy...»	93
CAPÍTULO 16	
¿Te olvidaste de que eres negro?	97
CAPÍTULO 17	
Luna de miel en el Congo	103
CAPÍTULO 18	
Los dos papás y las dos mamás	107
CAPÍTULO 19	
La decisión del doctor Teodoro	113
CAPÍTULO 20	
Una oleada de sucesos	117
CAPÍTULO 21	
Una amistad para siempre	123
CAPÍTULO 22	
De San Gabriel a Tonsupa	127
Cuaderno de análisis	133

CAPÍTULO 1

Prohibido enamorarse



—¡Ay, ñaña!, ¿cuánto falta para que llegue agosto? —pregunta Farlyn a su hermana Adayerli, que desde hace más de una hora habla sin parar de los palenques que se realizarán durante las vacaciones.

La joven ha pasado todo el día en el Centro Juvenil de Carcelén, con más de cincuenta chicos y chicas —mayoritariamente afroecuatorianos—, en una jornada de capacitación para ser animadora de uno de los palenques del norte de Quito.

—Falta una semana —contesta—. Todavía estamos en julio.

—Yo también quiero ir —dice Farlyn, en tono de súplica.

—No, no puedes; eres demasiado pequeño.

—¿Pequeño? Si le paso con cinco centímetros a mi primo Andrés.

—Lo siento. No puedes ir. Solo aceptan niños de seis a quince años.

—¡Mamá, yo quiero ir! —se emberrincha Farlyn, sin que doña Yolanda le haga caso, pues su bebé le hala de la blusa reclamando la teta.

Como nadie le hace caso, el niño sale al patio y se pone a jugar con una pelota.

—Mami, mañana también iré al Centro Juvenil. Tenemos que aprender las dinámicas para poder explicar bien los derechos de los niños y repasar una dramatización sobre la llegada de nuestros ancestros al Ecuador.

—Bueno, hija —responde lacónicamente doña Yolanda.

Adayerli va a su cuarto y, sentada en la cama, se pone a leer con atención la «Guía para Monitores del Palenque Vacacional Yowa». La abre en la página 2 y repasa algunas de las reglas:

10

- I. Respetarse mutuamente.
- II. No hablar malas palabras.
- III. Planificar con anterioridad las actividades del día siguiente.
- IV. Dejar limpios los locales que se ocuparon.
- V. No desperdiciar la comida y los materiales.
- VI. No enamorarse dentro del palenque...

Más adelante, Adayerli lee una frase que la motiva poderosamente: «Este año dejémosnos guiar por el dios de la vida para poder compartir nuestras habilidades, costumbres y tradiciones, y relacionarnos de mejor manera con los demás». Subraya la palabra *habilidades* y se pregunta:

—¿Qué habilidades tengo yo?

Como no le sale ninguna respuesta, salta de la cama, se dirige a la cocina y pregunta a doña Yolanda:

—Mami, ¿qué habilidades tengo yo?

—Mijita —dice doña Yolanda, dejando de secar unos platos—, en primer lugar te pareces a mí: eres simpática, alegre, inteligente, optimista; sabes cantar, bailas con la botella en la cabeza y además...

—¡Guau! —exclama una voz que sale del dormitorio de los hijos varones—. ¡Qué exagerada eres, mami! ¡Mi hermana se volverá más orgullosa que un pavo real!

—¿Y a ti quién te dijo «Perro, toma hueso»? —reclama Adayerli, riendo, mientras vuelve a su cuarto y Juan Pablo continúa jugando con su Playstation.

11

Es la primera vez que Adayerli animará un palenque, y eso la emociona mucho: la hace sentir más grande, como si tuviera más de los quince años que apenas ha cumplido. Piensa en todos esos jóvenes que estuvieron con ella en el taller y demostraron responsabilidad y ganas de comprometerse para tener unas vacaciones diferentes. Entre ellos estaba Anthony, el vecino de Myriam, esa chica blanca como la leche, que desde niña jugó con los afros de su barrio.

Como todos los años, al llegar el primer lunes de agosto, los palenques arrancaron en diversos barrios del noroccidente de Quito: Carapungo, Rancho Alto, Zabala, La Bota, La Roldós, Pisulí, Carpuelita de Calderón... Más de 600 niños, al cuidado de sus animadores, empezaron a disfrutar de esas dos semanas llenas de novedades, bailes, encuentros, alegrías...

El primer día se destinó a la organización de los grupos, de acuerdo con las edades, y a pensar en los nombres que cada uno escogió libremente. A la emocionada Adayerli le asignaron los más pequeños: ocho niñas y siete niños, de entre seis y siete años. Al ser la primera vez que participaban en un palenque, los chiquillos parecían explotar de

gozo. Jenny y Daisy eran mestizas; Nieves, Marlon y José, blancos; y los demás, afros.

Adayerli, contagiada por el júbilo de los niños, llevó a su grupo a una sala ubicada en el primer piso de un colegio fiscomisional, en los locales que las Hermanas habían puesto a disposición del palenque. Después de pedirles que se sentaran y escribieran sus nombres, preguntó:

—¿Cómo les gustaría que nos llamásemos?

12 Hubo un largo silencio, hasta que Glenda, una niña con varias trencitas que terminaban en coloridas chaquiras, levantó la mano y dijo:

—¡Alegría!

Luego vino la propuesta de Marlon:

—¡Corazones!

Siguió un breve lapso de silencio, durante el cual los pequeños parecían estatuas por la timidez. Pero todo cambió cuando Sandy, la más gordita del grupo, se levantó de un salto y, empezando a moverse rítmicamente, dijo:

—¡Bailarines!

Todos se rieron y la timidez salió por la ventana.

—¡A mí me gusta! ¡A mí también! —empezaron a decir uno tras otro.

Así que no fue difícil decidir. Adayerli sintió una gran simpatía por esos niños, y le satisfizo la rapidez con la que su grupo se integró alrededor de la propuesta de Sandy. Antes del refrigerio, los más pequeños se presentaron en la plenaria con el nombre «Bailarines», deletreado por Sandy, mientras todos se movían de una manera que provocó la risa de los demás.

Cada tarde, Adayerli, Anthony y Myriam regresaban juntos a casa, después de la evaluación del día y la programación

del siguiente, y acompañaban a tres hermanitos que habían quedado huérfanos desde hacía pocos meses. La mamá había fallecido en un accidente de tránsito y, a pesar de que Luis, Gloria y Francisco participaban con gusto en todas las dinámicas y actividades del palenque, la pena no desaparecía aún de su mirada. Los tres jóvenes los hacían hablar y reír, pero Adayerli sentía en su corazón el peso de la tristeza de esos niños y no sabía qué hacer para ayudarlos.

Al entrar a su casa, Farlyn no dejaba de molestar a su hermana:

—¡Quiero ir al palenque! ¡Llévame, quiero ir, quiero ir!

Tanto insistió, que al tercer día Adayerli lo llevó y lo incluyó en su grupo. En menos de lo que canta un gallo, empezó una gran amistad entre él y Sandy, la «bailarina».

13

CAPÍTULO 2

Nunca hemos tenido negros en nuestra familia



15

Los primeros días del palenque corrían entre el entusiasmo de los participantes y la satisfacción de los animadores. Adayerli le echaba todas sus ganas para que los niños a su cargo disfrutaran al máximo esas vacaciones. Lo mismo hacían Anthony y Myriam con sus grupos. Y a la hora de salir empezaron a buscar siempre un motivo para quedarse un poco más de tiempo y regresar solos:

—Me olvidé la guía en la sala. ¿Puedes adelantarte, Adayerli? Ya te sigo —decía Myriam.

—No encuentro mis gafas... No sé dónde puse las llaves de casa... —decía Anthony—. Adelántate, Adayerli; ya te alcanzo.

La joven se encaminaba a casa, tomando de una mano a Luis, el más pequeño de los tres huérfanos, y de la otra a Farlyn, que no cesaba de hablar de su amiguita Sandy, la bailarina, y de canturrear la canción «Negro nagô».

Anthony y Myriam estudiaban en el mismo colegio, pero hasta entrar al palenque como animadores, pocas veces habían hablado entre sí. «Hola» y «¿Qué tal?» era todo lo que se decían en la parada del bus o a la salida de clases. Anthony tenía sus amigos, la mayoría afro, y Myriam tenía sus amigas.

La más atrevida de los dos era Myriam, y, de hecho, fue ella quien dio los pasos necesarios para que la amistad se convirtiera en romance. El compartir las responsabilidades del palenque, las actividades con los niños, la evaluación entre los animadores al final de cada jornada, la alegría de hacer algo para los demás, en fin, todo eso los fue acercando cada vez más.

Myriam tenía quince años, ojos claros, pelo largo y rubio. Anthony, a pesar de sus diecisiete años, era muy juguetón. Le encantaban el fútbol y los juegos electrónicos, y pocos días antes de que empezara el palenque, dejó que su hermana Carmita le cortara el pelo dejándole una cresta que embarraba de gel al salir de la ducha, lo cual lo convertía en un verdadero mohicano. Ese peinado le daba un *look* que a Myriam le gustaba tanto, que se lo decía sin rodeos. Anthony simulaba no escuchar, mientras el corazón le latía más fuerte y se preguntaba: «¿Será que le gusto a esta pelada?».

Una mañana, a la hora del refrigerio, mientras Anthony estaba ayudando a doña Mercedes, la coordinadora del palenque, a transportar la caja de los jugos, Myriam se acercó sin más ni más y le dijo al joven:

—Estoy pensando cómo serían nuestros hijos, si me llegara a casar contigo...

Anthony dejó caer la caja, mientras doña Mercedes exclamaba:

—¡Guapísimos, claro...!

Y antes de que terminara de pronunciar esas palabras, las botellas de jugo empezaron a rodar por la escalera.

—¡Guapísimos! —repitió doña Mercedes, mirando a Myriam con una sonrisa, y añadió—: Y ahora, rapidito, ayúdanos a recoger los jugos, que los niños están esperando.

Anthony ayudó a Jessica, su compañera y animadora del grupo «Orquídeas negras», a llenar los vasos de jugo y a distribuir los sánduches a los niños. En la otra sala, Myriam también atendía a sus niños durante el refrigerio, pero en su mente corría esa palabra, *guapísimos*, a la que ella añadía «con mis ojos claros y su pelo ensortijado».

Como todos los días, también esa tarde, a la hora de salir, Myriam inventó un pretexto para esperar a su amigo Anthony, que ayudaba a doña Mercedes a llevar las escobas y los trapeadores al patio.

Ya fuera del colegio, mientras empezaban a bajar por la calzada, Myriam proclamó con voz solemne:

—«No enamorar dentro del palenque»: regla número 6. Pero ahora no estamos dentro y..., oye, Anthony..., ¿sabes qué? ¡Me gustas! ¿Quieres vacilar conmigo?

Al chico casi se le sale el corazón del pecho por tantas y tan repentinas emociones, y se quedó mirando a Myriam, quien a su vez miraba encantada el peinado mohicano del adolescente. Pero como él no reaccionaba, ella le preguntó:

—Anthony, ¿estás sordo? ¿No escuchaste mi pregunta?

Y él respondió casi en un susurro:

—Sí, sí... ¡Bueno!

—Ahora sí, chao —le dijo, feliz, la audaz jovencita—. ¡Nos vemos!

Myriam dio vuelta a la esquina y vio que su mamá estaba en la puerta de la casa. La chica entró cantando y con el cielo en la mirada.

—¿Qué te pasa, hija? —preguntó doña Dolores.

—Que estoy enamorada, madre; sí, ¡e-na-mo-ra-da!

—¿Y se puede saber de quién, mijita? —inquirió con vehemencia la mamá.

—¡De Anthony, madre, de Anthony! —exclamó Myriam—. ¡Y nuestros hijos serán guapísimos!

—¿Cuál Anthony? —indagó doña Lolita, temiendo que se tratara del hijo de la vecina Cecilia.

—¿Cómo que cuál Anthony? ¿Acaso no conoces a ese chico de nuestro barrio?

—¿Es que te has vuelto loca, hija? Nunca hemos tenido negros en nuestra familia. Vecinos y amigos es una cosa... Pero de ahí a querer enamorarse de un negro...

Myriam no dejó que su mamá terminara la frase que estaba diciendo y salió de la casa tirando la puerta con furia y con ganas de llorar. Empezó a caminar por la calle y vio que su amiga Elsy se bajaba del bus. Apenas la vio, corrió a su encuentro, la abrazó y se puso a sollozar.

—¿Qué te sucede, amiga? —le dijo Elsy—. ¿Quieres tranquilizarte y contarme lo que ha pasado?

—¡Mi madre no me comprende ni me apoya! —se quejó Myriam, haciendo pucheros como los niños.

—Pero explícame la situación —insistió Elsy—. No sé de qué hablas.

—¡Estoy enamorada, amiga!

—¡Vaya! No es tan grave... No es una enfermedad de la que puedas morir. ¿Y quién es el afortunado?

—Es Anthony...

—Mmm..., sí que eres bagrera. ¡Ese man está bien feo!

—Mientras a mí me guste y yo le guste a él, no me importa que no te guste a ti ni a nadie...

—Tienes razón, amiga, es tu problema y el de él, pero eso no quita que seas una bagrera. ¡Cuidate! Nos vemos.

—Nos vemos —se despidió Myriam y, como ya oscurecía, decidió volver a casa.

En ese preciso momento, y sin que ella lo supiera, Anthony estaba hablando de Myriam con su amigo Nelson, que acababa de salir del local de videojuegos:

—¿Dices que te gusta una pelada? ¿Quién es? ¿La conozco?

—Claro que la conoces. Es Myriam, mi vecina. ¿No crees que es súper bonita?

—Claro que es bonita —concedió Nelson—. Pero esa fruta no es para ti, panita, que eres un negro bien feo. ¿Crees que ella se va a fijar en ti?

—¡Pues muérete de la envidia, loco! —dijo Anthony, hinchando el pecho como un gallito que se prepara a cantar en la madrugada. Y añadió—: Este muñeco que tienes como amigo le gusta, panita. Ella misma me lo dijo, y me confesó que le encanta mi corte de mohicano...

Y al decir estas últimas palabras, Anthony se pasó la mano por el cabello repleto de gel.

◆ ◆ ◆

El papá de Myriam tenía buen carácter, era paciente y siempre encontraba el lado bueno de las cosas:

—Tienes suerte de parecerle a tu padre —solía decirle a su primera hija.

De hecho, Myriam le tenía más confianza a él que a su mamá. A pesar de que los miembros de la familia eran diferentes, todos eran agradables y muy unidos. Don Hilario no tomaba, y fumaba solo tres cigarrillos diarios. Ese día, sin embargo, llegó a casa un poco tarde y más alegre de lo normal, casi eufórico y silbando una tonada mexicana. Aconteció que, mientras esperaba el bus en Cotocollao, pasó su compadre don Gregorio, lo invitó a tomar una cervecita y después otra, y después... otra más.

20 —Ahí nomás, compadrito Gorio. Tengo que llegar a casa. Usted conoce a mi vieja: muy buena, pero un poco brava. Le agradezco su generosidad, pero, por favor, no insista.

Y se levantó, todavía sin balancearse, como lo hizo más tarde, al entrar a casa, después de haber dormido y hasta roncado durante todo el recorrido del bus.

—Tu hija está enamorada —soltó doña Lolita, cuando su esposo tenía un pie dentro y otro todavía fuera de la casa.

—¡Qué buena noticia me das, mi amor! —exclamó con alegría don Hilario, abrazando a su esposa—. ¡Y qué suerte tendrá mi yerno con esa niña maravillosa que es nuestra hija!

Doña Lola se despegó con fuerza de su esposo y, dudando entre seguir o cortar la conversación, decidió decirlo todo de una vez.

—A tu hija le gusta Anthony, el hijo de doña Cecilia, la negra. ¿Entiendes lo grave del asunto?

—¡Tendremos nietos de varios colores! —respondió don Hilario con la misma alegría con la cual llegó a casa.

—¡No juegues con estas cosas, Hilario! —le cortó su esposa—. ¡Se trata de nuestra primera hija!

—¡Calma, calma, por Dios! Hasta el padrecito dice siempre en la iglesia que el amor no tiene colores ni fronteras, que todos somos hermanos.

—¡El amor es ciego! —refunfuñó con rabia doña Lola.

—Eso es cierto, has hablado con sabiduría, mi amor. Si no fuera así —comentó don Hilario bromeando, y con el respeto que siempre le tuvo a su esposa—, ¿piensas que me hubiera casado contigo?

Y una vez más abrazó a su Lolita, estampándole un beso en los labios herméticamente cerrados. Con otro empujón, doña Lola se liberó de su esposo. Se fue derechito a la cama y, durmiendo, o fingiendo dormir, no le habló hasta la mañana siguiente, en que apenas contestó a su esposo con un lacónico «buenos días». Y todavía tenía el ceño fruncido cuando don Hilario se fue al trabajo sin desayunar.

21

CAPÍTULO 3

Romper el silencio



La primera semana voló, cual cometa impulsada por el más recio de los vientos. La doctora Nancy, que trabajaba en un centro de psicología juvenil, tomó la palabra el viernes y se dirigió a los animadores midiendo cada una de sus palabras:

—Hoy vamos a romper el silencio. Hablar de racismo no es fácil. Esta dinámica les parecerá como un cuchillo que va a remover heridas ocultas. Sin embargo, un palenque dejaría de ser tal si no abordáramos este asunto con los niños. Tengan la seguridad de que el hacerlo les abrirá un horizonte más amplio, más bello; les mostrará un Ecuador enriquecido por sus culturas, sus nacionalidades, sus tradiciones, sus aromas, sus colores...

La palabra *racismo* tuvo el efecto de un puñal que se clavó en lo más hondo del corazón. Un silencio profundo reinó en la sala y creó una tensión incómoda, pero la doctora Nancy superó la situación al preguntar:

—¿Alguno de ustedes ha leído el libro *...y su corazón escapó para convertirse en pájaro*, de Edna Iturralde?

—Yo —respondió Adayerli—. Me lo regaló mi tía de El Juncal, en mi cumpleaños.

—¿Y qué aprendiste, qué te gustó?

—Apenas empecé, porque mi cumple fue hace pocos días. Pero lo que leí me parece muy interesante. Es nuestra historia, la de nuestros ancestros. También me hizo llorar...

—¿Y alguien leyó el libro *El niño negro*, de Camara Laye?

En vista de que no hubo respuesta, la doctora Nancy comentó:

—Es una obra que narra la adolescencia de un chico africano, un muchacho como los demás, que, sin embargo, vivió un cambio excepcional durante los ritos de iniciación...

—¿Ritos de iniciación? —repitió dubitativamente uno de los animadores.

Y la doctora Nancy prosiguió:

—Sí, una ceremonia que transforma al niño en hombre, con plenos derechos y responsabilidades. Después de estudiar en su país, ese joven llegó a Francia, donde se convirtió en escritor. La literatura africana es maravillosa pero, desgraciadamente, poco difundida en el mundo. Es tan hermosa como conmovedora, y de tal calidad artística que muchos de sus representantes han ganado el Premio Nobel.

—¡El Premio Nobel! —dijo emocionada Adayerli—. ¿Qué autores africanos lo han obtenido?

—No sé si me acuerde de todos —respondió la doctora Nancy—, pero al menos tengo frescos los nombres de mis autores favoritos: Wole Soyinka, Naguib Mahfuz, Nadine Gordimer y John Coetzee... Por eso es importante leer. La lectura, además de ofrecernos nuevos conocimientos, nos enseña a ser sensibles y solidarios; nos enseña a crecer en muchos sentidos, a afirmar nuestras raíces y a reconocernos como pueblo. Nuestra gente se ha destacado no solo en

el deporte, sino en las ciencias y las artes. Julius Nyerere, presidente de Tanzania, tradujo a Shakespeare del inglés al kiswahili, una de las lenguas más habladas en África. A quienes estén más interesados les prestaré libros y les daré enlaces de internet para que descubran estas facetas del pueblo afro.

—Yo quiero un libro —dijo Adayerli, levantando la mano.

—Yo también —le siguió Myriam, y después de ella, muchos otros: chicos y chicas que sentían una enorme curiosidad por llegar hasta las huellas de esa madre África, tan lejana y al mismo tiempo tan presente en la sangre, a pesar del tiempo y la distancia.

—No se preocupen, que todos tendrán lo suyo —respondió con satisfacción la doctora Nancy. Y continuó—: Les cuento que mi autora preferida entre los africanos es Buchi Emecheta, una escritora nigeriana que a los 22 años era ya psicóloga, a pesar de los cinco hijos a los que estaba criando. Sus libros son súper interesantes y numerosos. En internet está la lista completa. A mí me encantó su obra *Ciudadana de segunda clase*. Estoy segura de que a las chicas también les gustará, porque el valor de esta joven mujer es algo extraordinario. No hubo obstáculo que la detuviera para llegar a donde ella se propuso. También me cautivó su libro *Nuestra propia libertad*, donde ustedes se verán reflejados en unos personajes que tienen que romper barreras increíbles para conquistar una vida digna.

Myriam pensó en ese momento que el palenque era un espacio donde los chicos podían poner a volar sus sueños, y en su corazón nació la certeza de que algo muy pero muy importante iba a acontecer en esos días.